



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

.....

MANFRED FRANK, *¿QUÉ ES EL NEOESTRUCTURALISMO?*, trad. de Marcos Romano Hassán, Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, 2011, 530 pp., ISBN 978-607-477-539-6 (UAM); 978-607-16-0724-9 (FCE)

.....

POR NATALIA RADETICH FILINICH
Posgrado en Antropología-UNAM
nataliaradetich@hotmail.com

El libro de Manfred Frank *¿Qué es el neoestructuralismo?* es el resultado de una serie de cursos que, con esa rúbrica, el hoy profesor emérito de la Universidad de Tubinga impartió, entre 1981 y 1983, en Düsseldorf y Ginebra. Publicado originalmente en 1984 y disponible ahora en la versión castellana, el libro lleva a cabo una tarea fascinante: generar un régimen de interlocución crítica entre el post- o neoestructuralismo francés (en particular el pensamiento de Jacques Lacan, Michel Foucault, Gilles Deleuze y Jacques Derrida) y la filosofía alemana (en especial la hermenéutica, pero también el idealismo, la fenomenología, la ontología existencial y la teoría crítica), dos vigorosas tradiciones de la filosofía continental que han marcado con una indeleble impronta el curso de los debates filosóficos contemporáneos.

El autor hace suya la voluntad dialógica de la hermenéutica –su anhelo de apertura al otro y escucha de su palabra– y pone en comunicación esas dos tradiciones que, por algún tiempo, sufrieron de un infértil aislamiento. En efecto, a pesar de que las fuentes de las que abrevó el postestructuralismo francés fueron, a menudo, obras centrales de la filosofía alemana, no han proliferado los esfuerzos por colocar a estos dos grandes movimientos intelectuales en una relación de rigurosa interlocución y de revisión recíproca de sus fundamentos. Convencido de que la fuerza explicativa de una teoría no puede evidenciarse sino en la discusión con teorías que ponen en entredicho sus propios presupuestos, Frank ofrece en este libro una confrontación dialógica entre estas dos tradiciones. De manera paralela, traza una sugerente historia del postestructuralismo francés: a contrapelo de quienes sostienen la imposibilidad de identificar, en este heterogéneo conjunto de pensadores, un programa común, Frank presenta una reconstrucción histórica del discurso postestructuralista a través de la cual revela el

FECHA DE RECEPCIÓN 17/09/12, FECHA DE ACEPTACIÓN 17/10/12

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
NÚM. 73 • AÑO 33 • JULIO-DICIEMBRE DE 2012 • PP. 243-248

fondo argumental que, en buena medida, comparten los trabajos de Lacan, Foucault, Deleuze y Derrida, y establece filiaciones –algunas de ellas insospechadas– entre estos pensadores y otros. Así, las obras de Descartes, Kant, Fichte, Hegel, Schleiermacher, Humboldt, Schelling, Schopenhauer, Nietzsche, Peirce, Husserl, Freud, Wittgenstein, Heidegger, Gadamer, Adorno, Sartre, Austin, Henrich, Tugendhat, Searle, entre otros, son invocadas una y otra vez para desentrañar las relaciones –algunas de ellas de anticipación– que guardan con los planteamientos postestructuralistas.

En las páginas de *¿Qué es el neoestructuralismo?* el lector encontrará una minuciosa reconstrucción de la historia de un conflicto, siempre irresuelto, entre el post- o neoestructuralismo y la hermenéutica: un conflicto que, como tendremos ocasión de mostrar, gira en torno al tratamiento que ambas corrientes confieren al problema de la relación entre *estructura* (una noción cardinal en el pensamiento de los alguna vez llamados “nuevos franceses”) y *subjetividad* (un tema al cual la filosofía alemana en su conjunto no ha dejado de interrogar). Como veremos, la pregunta por las relaciones entre estructura y sujeto apunta hacia una reflexión sobre el problema general de los procesos de significación (los procesos de génesis, interpretación y transformación del sentido). Mientras que la hermenéutica ha insistido en destacar el papel activo del sujeto en la constitución del mundo del sentido, el postestructuralismo, en su crítica de la metafísica y de la filosofía moderna, ha destronado al sujeto como instancia central de los procesos de significación y lo ha pensado como *efecto* de las relaciones estructurales y no como instancia constituyente.¹ A juicio de Frank, este conflicto entre hermenéutica y postestructuralismo ha permanecido en un constante estatus de irresolución debido a que “ni la hermenéutica ha logrado medir la profundidad del argumento [...] en contra de la centralidad del sujeto, ni el [...] neoestructuralismo ha indagado hasta llegar a una teoría sustentable del sujeto” (p. 15). Para superar este mutuo extrañamiento, Frank lleva a cabo una revisión de la crítica postestructuralista del *sujeto constituyente*² y una revisión correlativa de los cuestionamientos que la hermenéutica puede dirigir a la tesis del *descentramiento* y *desaparición* del mismo. La intención de Frank es formular, con ello, una “hermenéutica de la individualidad” (p. 389) que se configuraría como una suerte de *fusión de los horizontes* de estas dos tradiciones, pues permitiría dar cuenta, simultáneamente, del carácter constituido del sujeto (de los modos de su dependencia respecto a condiciones estructurales como el lenguaje, el orden del discurso, la cultura o la historia) y de su carácter de agente transformador (gracias al cual se hace imposible y se frustra toda determinación absoluta de las fuerzas estructurales sobre los actos individuales). En suma, con un pormenorizado conocimiento de la historia de la filosofía y con una

¹ Esta tesis esencial del post- o neoestructuralismo encuentra su expresión paradigmática en la conocida proposición de Lacan: “el sujeto es un efecto del lenguaje” (p. 117).

² Como se sabe, el concepto de sujeto constituyente alude a la postulación –recurrente en la filosofía idealista– de un “sujeto idéntico a sí mismo y que constituye al mundo” (p. 99).

admirable habilidad para la argumentación, el autor realiza en esta obra un cuidadoso estudio de las relaciones, intensas y problemáticas, entre estos dos movimientos y un examen de sus respectivos posicionamientos acerca de la relación estructura-sujeto, un tema de interés fundamental para los estudiosos de la filosofía y de las ciencias sociales.

Conformado por 27 lecciones y un apéndice, el libro presenta una detenida exposición y un cuestionamiento de algunos de los planteamientos medulares del neoestructuralismo. Acuñador de este inusual término, Frank prefiere el prefijo neo- al prefijo post- para referirse a esta corriente de pensamiento que, en su opinión, más que conducir a un rechazo y abandono de los postulados estructuralistas, produce su radicalización. Si el prefijo post- nos informa de una relación temporal de posteridad (de algo que adviene *después de*), el prefijo neo- da cuenta, en cambio, de una relación más compleja, una relación de simultánea recuperación y transformación. Para Frank, las obras de Lacan, Foucault, Deleuze y Derrida no sólo tuvieron lugar *después* del estructuralismo, sino que, además, mantuvieron una relación inmanente con él, al llevar a cabo una recuperación crítica del concepto saussuriano y lévi-straussiano de *estructura*.

Tras un texto introductorio (lección 1) en el que delinea, a grandes rasgos, los objetivos que lo animan y la posición desde la cual interrogará al neoestructuralismo, Frank esboza (en el transcurso de las lecciones 2 a 5) una visión de conjunto de este movimiento e intenta proponer una “definición provisional” del mismo. Allí, además de exponer las líneas generales de la crítica neoestructuralista al pensamiento metafísico –es decir, a todo pensamiento que postule una instancia trascendente (sea Dios, el espíritu, la razón o el sujeto) como garante del surgimiento y de la estabilidad del sentido–, explora las relaciones del neoestructuralismo con los trabajos precursores de Ferdinand de Saussure y de Claude Lévi-Strauss. Para Frank, una de las contribuciones de Saussure que captó con mayor fuerza el interés del neoestructuralismo es la oposición *lengua/habla*. En sus investigaciones, el lingüista de Ginebra estableció dicha oposición y, con ella, sentó las bases del concepto de estructura que, más tarde, Lévi-Strauss trasladaría al análisis de sistemas significativos no estrictamente lingüísticos (como el parentesco y la mitología), extendiendo el campo de aplicación de este concepto hacia el estudio de la vida social en su conjunto.

Como se recordará, para Saussure el *habla* es la realización concreta del lenguaje –el acto individual y subjetivo de su consumación efectiva–, mientras que la *lengua*, escapando a todo conjunto fáctico de actos de lenguaje, es el ordenamiento abstracto y virtual de las leyes que gobiernan cada evento singular de comunicación. La significación (síntesis de significado y significante, mediación entre lo inteligible y lo sensible) es, desde esta perspectiva, el resultado de una tarea de diferenciación y articulación que lleva a cabo la lengua –es decir, el *sistema*, la *estructura* o el *código*– y no, en última instancia, el sujeto. Como es sabido, alrededor de esta tesis han proliferado los debates, pues entraña una reflexión sobre un problema crucial: la relación entre acontecimiento y estructura, entre individuo y totalidad, entre acto y ley, entre singularidad y universalidad.

Si bien el neoestructuralismo rechazó algunas de las premisas del estructuralismo clásico,³ comparte con él un gesto de exclusión que Frank impugna a lo largo del libro: al pensar la significación –y, por añadidura, toda regularidad discursiva y todo ordenamiento sociocultural– como efecto del juego autónomo de las estructuras, el estructuralismo y el neoestructuralismo excluyen al sujeto como instancia de formación y transformación del sentido.⁴ Con esta exclusión, el estructuralismo y el neoestructuralismo conducirían, quizá sin quererlo, a un determinismo que Frank aspira a corregir mediante una rehabilitación del concepto de *interpretación*. Inspirado en la hermenéutica de raigambre schleiermacheriana, Frank entiende la interpretación como un acto intencional por medio del cual el sujeto genera sentido *alterando* los condicionamientos estructurales. Para nuestro autor, si bien toda significación es *motivada* por el sistema, no es *derivable* de él, pues toda formación de sentido requiere un acto subjetivo de interpretación. Así, en este libro, Frank defiende la tesis de que “la lengua no ejerce una determinación [sino una *motivación*] en la manera en que se realiza el habla individual” (p. 415).

Una vez hecha esta aproximación preliminar, en el desarrollo de las lecciones 6 a 27 Frank formula tres interrogantes al neoestructuralismo:

1. ¿Cómo aborda el problema de la historia? Esta pregunta (desplegada en el transcurso de las lecciones 6 a 11) es encarada mediante la discusión de dos obras de Foucault: *Las palabras y las cosas* y *La arqueología del saber*. Aquí, Frank muestra los estrechos vínculos entre la concepción foucaultiana de la historia y la filosofía post-hegeliana de Karl Marx, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Martin Heidegger y Louis Althusser. Para el autor, todos estos pensadores comparten la idea de que el sujeto y su conciencia no tienen su fundamento en sí mismos, por lo que no pueden considerarse –como lo hizo gran parte del idealismo y de la fenomenología– originarios, autónomos y transparentes a sí mismos. En efecto, estos autores han

³ En estas primeras lecciones, Frank expone la crítica del neoestructuralismo a la idea –habitual en algunos epígonos del estructuralismo clásico– de una estructura centrada, cerrada en sí misma y cuya estabilidad y unidad estarían siempre garantizadas. Contra esta premisa, el neoestructuralismo postuló la tesis de una estructura descentrada y abierta a un juego ilimitado de transformaciones. Frank da cuenta de los conceptos neoestructuralistas de *diferancia*, *diseminación*, *iterabilidad*, *indecidibilidad*, *deconstrucción*, *descentramiento*, *deslizamiento incesante del significado*, *multiplicidad rizomática*, entre otros que, aunque aplicables a distintos campos, tienen un común denominador: desde distintas perspectivas, todos estos conceptos cuestionan la idea de unidad, centralidad y estabilidad de las relaciones estructurales que hacen posible la emergencia de la significación.

⁴ En el libro, el lector encontrará una detenida argumentación de las razones por las cuales fracasa toda teoría de la significación erigida sobre la exclusión del sujeto: al atribuirle al juego estructural autónomo (a la *diferancia* en el caso de Derrida, a la *episteme* en Foucault, al *código* en Deleuze o al *Ello* en Lacan) la *capacidad* de hacer emerger el sentido, la idea misma de subjetividad retorna –a la manera de un “retorno de lo reprimido” (p. 19)–, pues, si bien el papel de *sujeto* le es negado al individuo, le es adjudicado, en cambio, al juego estructural mismo.

coincido en destacar el carácter *derivado* o *secundario* del sujeto –y de su conciencia– respecto de algo más: la historia, la tradición, la *episteme*, el orden del discurso, el inconsciente, etcétera. Desde esta perspectiva, el sujeto no puede pensarse sin reparar en su dependencia con respecto a un orden heterónimo que se le impone.

2. ¿Cómo concibe los fenómenos de la subjetividad, la conciencia y la autoconciencia? Abordada a lo largo de las lecciones 12 a 24, ésta es la pregunta a la que Frank consagra la mayor atención. Las teorías neoestructuralistas del sujeto, la conciencia y la autoconciencia son expuestas en un pormenorizado recorrido por algunas de las obras de Derrida,⁵ Lacan⁶ y Deleuze.⁷ Frank sostiene que la concepción neoestructuralista de la subjetividad tiene tres antecedentes fundamentales: de Heidegger recoge la intención de llevar a cabo un descentramiento del sujeto mostrando su dependencia con respecto a una estructura existencial que el sujeto mismo es incapaz de esclarecer; de Nietzsche hereda la concepción del sujeto como ficción y la idea de su fundamento inconsciente e insondable; por último, el neoestructuralismo comparte con la filosofía analítica de Ludwig Wittgenstein, John L. Austin y John R. Searle la convicción de que el sujeto y su conciencia están enteramente constituidos por el lenguaje. A juicio de Frank, estas tres tradiciones prepararon el terreno para la concepción neoestructuralista del sujeto según la cual éste, lejos de ser una instancia constituyente, es siempre instituido por los órdenes simbólicos.
3. ¿Cómo piensa el problema de la significación? Frank dedica las tres últimas lecciones de su libro (25 a 27) a la exposición de la concepción neoestructuralista de la significación. Para ello se concentra especialmente en la crítica de Derrida a la teoría husserliana del sentido y a la teoría pragmática del acto de habla de Austin y Searle.⁸

En su minuciosa discusión con el neoestructuralismo, Frank despliega una estrategia de lectura que, en cierta medida, se emparenta con el deconstruccionismo derridiano: situándose en el discurso de Lacan, Foucault, Deleuze y Derrida –habitándolo y prestándole oído atento–, el filósofo va, lección tras lección, *deshaciendo* cada uno de los textos a los que se enfrenta; mediante una cuidadosa reconstrucción de las cadenas argumentales que esgrimen los autores, Frank va exponiendo los planteamientos neoestructuralistas hasta hacer emerger sus aporías y sus límites.

⁵ Especialmente su “Introducción” a *El origen de la geometría*, de Edmund Husserl, y *La voz y el fenómeno*.

⁶ *Escritos*.

⁷ *El anti-Edipo*, *Mil mesetas* y *La escritura y la diferencia*.

⁸ En el apéndice que se incluye al final del libro (titulado “Del texto indiscernible al texto no interpretable”), Frank presenta una disertación complementaria sobre el problema de la significación. Esta vez se ocupa de la teoría derridiana de la significación del texto poético.

Como hemos señalado, a juicio de Frank, uno de esos límites está dado por aquello que podríamos llamar el *destierro del sujeto*. La apuesta de Frank por acoger a este sujeto que ha sido expulsado del discurso neoestructuralista no debe entenderse como una voluntad de restituir la idea de sujeto como *principio de orden*, como “núcleo inexpugnable de autoidentidad” (p. 394) o como cristalina fuente de la significación. Lejos de esa ingenuidad, Frank acude a la hermenéutica para pensar al sujeto como “aquello cuya intromisión priva de su identidad y carácter cerrado a todos los órdenes generales” (p. 401). En efecto, para Frank el sujeto es aquello que, gracias a su inalienable *diferencia* –a su no-conformidad con lo general–, perturba todo ordenamiento y fisura toda fuerza totalitaria. Es justo aquí donde se revela el carácter profundamente político de la empresa de Frank y cuando se pone de manifiesto su cercanía con la teoría crítica de la Escuela de Fráncfort –en especial con el pensamiento de Theodor W. Adorno–. Nuestro autor comparte con este último la convicción de que el compromiso irrenunciable de la filosofía es un compromiso contrafáctico, es decir, un compromiso con aquello que es *negado* por los órdenes positivos de la sociabilidad y del discurso. Así, si la sociedad moderna, con su propensión a la “uniformidad totalitaria” (p. 483), conduce a un desmoronamiento del sujeto y a una socavación de sus potencias, la filosofía ha de emprender una “salvación” (p. 482) de ese sujeto amenazado, una salvación que habría de entenderse como una defensa, en el terreno de lo teórico, de “lo no-conforme, [de] lo no-idéntico” (p. 483), de aquello en lo que reside el ejercicio de la libertad.